

La función del padre vivo.

The function of the living father.

Nicolás Vucínovich.

Psicoanalista, Psiquiatra de la Unidad de Salud Mental “Oriente”, Sevilla.

Resumen: Nuestra intención es analizar, en este caso de psicosis, los tres momentos clínicos diferentes que se esbozan, y las coyunturas que los determinan: el momento previo al desencadenamiento y los elementos que le aportaron cierta estabilidad en su vida al paciente; el momento del desencadenamiento y la peculiaridad de lo que él nombra como “el trauma”; y por último su estabilización y la propuesta final del paciente: poner en marcha mecanismos previos suspendidos.

Abstract: Our purpose is to analyze in this case of psychosis the three different clinical times: the previous phase to the break out and elements that bring some stability to patient’s life; the break out phase and the peculiarity that the patient calls “the trauma”; and finally his stabilization and his final proposal: to start with previous interrupted mechanisms.

El caso

Cuando Roberto llega a verme al equipo de salud mental, está asustado: dice estarlo desde hace algunos meses: “es como si me estuvieran haciendo un mobing por internet”, aunque él mismo nunca ha utilizado un ordenador y no sabe qué es internet. Continúa: “cuando vamos por la calle escucho que me insultan”. Estas vivencias causan un retraimiento casi total en su casa, por lo que no ha vuelto a trabajar en su taxi. Todo le angustia y lo sobrepasa: “cualquier cosa que tenga que hacer me angustia: soy impotente para todo”. Se muestra desconfiado: nunca antes había estado con un psiquiatra y no está seguro de ser eso lo que necesita. La certeza en torno a ser objeto de estos insultos es absoluta.

Comienza con estas sensaciones un año atrás. Coincidiendo con dos eventos que asegura han sido muy duros para él: la muerte de su padre

y el diagnóstico de cáncer de útero de su mujer. Aunque con gran resistencia y desconfianza, acepta tomar un tratamiento que le permita dormir por la noche. Lo cito a la semana siguiente.

Acude a la siguiente entrevista más tranquilo. Ha dormido mejor. Le pido a su mujer que me deje con Roberto. Desde entonces las entrevistas las tengo a solas con él. Al preguntarle por los sucesos que lo han estresado, explica que la relación con su padre se complicó en los últimos años a raíz del engaño de su mujer (infidelidad), y sobre todo después que el paciente la perdonara para poder seguir viviendo juntos: “Fue algo muy fuerte, la encontré con otro en la cama, pero yo pensaba que eso podría haberme pasado a mí, y decidí perdonarla... mi padre era muy antiguo, no entendía que pudiera perdonar a mi mujer”. Cree que la ansiedad y la desconfianza pueden deberse a “un trauma” por la intolerancia del padre frente al perdón del paciente. Los insultos que



escucha cuando sale a la calle le hacen suponer que todos en su ciudad saben sobre el engaño de su mujer: “Cornudo! Cabrón!”, le gritaron al pasar frente a un grupo de adolescentes. En los últimos meses, en la parada de taxis, los comentarios y alusiones a sus cuernos eran constantes, sutiles e indirectas, pero definitivamente dirigidas a él, no le cabe duda. Acepto la hipótesis del trauma propuesta por el paciente, diciéndole que es interesante la relación que establece entre estos sucesos y su malestar, y que seguiremos trabajando sobre esta idea.

En la siguiente entrevista dice estar durmiendo mejor. Se pregunta cómo puede ser que lo conozca tanta gente por internet. Su hijo, con el que convive, es el que conduce el taxi ahora. Ya no se muestra desconfiado: me da las gracias afectuosamente por escucharlo, y cree que el tratamiento le ayuda, aunque le produzca aumento de peso.

A la siguiente entrevista muestra un retroceso en su evolución: tras haber mejorado hasta el punto de volver a conducir su taxi durante un mes, vuelve a consulta angustiado, y repitiendo la frase con la que se presentará a partir de entonces: “tengo fobia a todo, doctor: fobia a la vida”. Suplanta el término “miedo” por el de “fobia”, quizás más acorde con su posición asumida de paciente. Nombra entonces como fobia la inquietud que le causan los comentarios de extraños y de antiguos compañeros del taxi. También nombra como fobia la dificultad extrema que encuentra para responder a cualquier contingencia: está desbordado, explica. Durante la entrevista, dice bajando la voz: “ve doctor, esos dos que están hablando en la sala de espera, están hablando de mí!”. Continuamos la entrevista unos minutos, en voz baja, hasta que le propongo llamarlo por teléfono en una semana y que me diga qué tal ha ido con el ajuste del tratamiento.

Tanto por teléfono como en la siguiente entrevista dice estar algo mejor, aunque sigue diciendo sufrir “fobia a todo”. Ya no hace referencia a Internet para explicar que todos lo conocen, y esta misma sensación parece comenzar a acotarse al círculo de los taxistas: cree que su ciudad es pequeña, y que todos los taxistas se conocen, aunque sea indirectamente. Antes de la muerte de su padre ya percibía él comentarios sutiles entre

sus compañeros, comentarios que aludían sin ninguna duda a su condición de engañado. Sin embargo no le resultaba difícil, mediante “muchas bromas”, cambiar el rumbo de la conversación. Esta misma “diplomacia” la utilizaba en los encuentros con su padre. Desde que su padre supo acerca del engaño de su nuera, sólo podían “hablar de tonterías, hablábamos de fútbol... hablábamos menos, nos distanciamos, teníamos que evitar el tema”. Si veía que no podía reconducirlo, le decía: “bueno, hasta aquí llegamos”, y se retiraba. Tras la muerte de su padre dice haberse vuelto “totalmente impotente” para maniobrar frente a la irrupción de estos “insultos”. La impotencia aparece entonces directamente asociada a su capacidad para moderar los insultos. Le digo entonces que parece ser su capacidad “diplomática”, su habilidad para maniobrar sobre el tema de conversación, su manejo de “las bromas” lo que echa en falta ahora. Asiente, y dice haber sido siempre muy bromista.

Otro ejemplo que ilustra esta habilidad: Explica que en los últimos años, su padre vivió separado de su madre: “tuvimos que separarlos con mucha diplomacia, porque chocaban todo el tiempo: temíamos que cualquier mal comentario de mi madre desatara una agresión de mi padre hacia ella”. Describe a su padre como un hombre “machista: con las parcelas claras: las mujeres tenían que trabajar en la casa, y los hombres fuera... cada uno en su sitio”. Él dice no ser un machista como su padre, y adolecer de esta rigidez en relación a la separación de las parcelas del hombre y de la mujer “colaboro en casa con todo, y si mi mujer tiene que trabajar fuera, yo ayudo”. Sí asegura haber heredado de su padre el “ser estructurado: soy un hombre de hábitos: sota, caballo y rey”.

Reflexiones y articulaciones sobre el caso

Resulta ejemplar en este caso, por la claridad con la que se presenta, esta función del padre vivo, como interlocutor, para el paciente. El padre resume, con su imagen de radical intransigencia, la diferencia entre los hombres y las mujeres como “parcelas separadas”. Tras la infidelidad de su mujer, parecen haber precipitado en este padre imaginario los reproches por su “cornudez”, y tras su muerte haber estallado este insulto a su alrededor. Hay, tras la muerte del padre, una des-

localización del insulto, haciéndose presente la voz injurianta, desde entonces, en todas partes.

Es significativo en este caso cómo el paciente relaciona su trauma, no con el engaño de su mujer, a la que dice haber comprendido tras intentar “ponerse en su lugar”, sino con la respuesta de su padre. Parece haberse roto entonces un cierto equilibrio pacífico que pudo haber mantenido con él. Desde entonces esta relación ha discurrido al borde del insulto, y el paciente ha maniobrado con habilidad para evitarlo, para conjurar el goce de estos otros, su padre y sus compañeros.

En su seminario sobre las psicosis, Lacan desarrolla la constitución subjetiva como un efecto de retorno desde el Otro, donde lo que retorna es su propio mensaje invertido. Es el efecto de lo que Lacan llama “la palabra verdadera”: tanto el “tú eres mi mujer” como el “tú eres mi amo” comprometen al sujeto en su posición, como hombre y como esclavo. En el Seminario sobre las psicosis, dice Lacan: “Diciéndole a alguien *Tú eres mi mujer*, implícitamente le dicen *Yo (je) soy tu hombre*, pero primero le dicen *tú eres mi mujer*, vale decir que la instituyen en la posición de ser reconocida por ustedes, mediante lo cual podrá reconocerlos” (2) (página 79). ¿Qué pasa en este caso de psicosis con el “tú eres mi mujer”, cuando lo que parece encontrar, tras balbucear esta palabra verdadera, son los rotundos “Cabrón! Cornudo!” que le retornan desde todas partes? Digo balbucear, porque en el momento de su enunciación se manifiesta un descreimiento primero, una forclusión, en relación a que el “tú eres mi mujer” pueda concernirlo en algo, en algo en cuanto a lo que significa ser un hombre. Creo que el descreimiento, el no comulgar con el padre en cuanto al ordenamiento que éste le ofrece de los hombres y las mujeres como parcelas rígidas en las cuales situarse, ordenamiento que el paciente rechaza, tienen el valor en este caso de lo *verworfen*, lo forcluido. Como en el caso de “Vengo del fiambrero – marrana” (2) (pág. 69), podemos decir que este “Cornudo! Cabrón!” nombra lo innombrable para el paciente: retorno en lo real de lo que lo nombra junto a una mujer.

Haciendo referencia a la figura del padre en las psicosis, dice Lacan en “*De una cuestión preliminar*”: tras hablar de la conveniencia de atender

al lugar que “*la madre reserva al nombre del padre en promoción de la ley*”, continúa: “*Aun más allá, la relación del padre con esa ley debe considerarse en sí misma, pues se encontrará en ello la razón de esa paradoja por la cual los efectos devastadores de esa figura paterna se encuentran con particular frecuencia en los casos en los que el padre tiene realmente la función de legislador o se la adjudica, ya sea efectivamente de los que hacen las leyes o de los que se presentan como pilar de la fe, como parangón de la integridad o de la devoción... todos ellos ideales que demasiadas ocasiones le ofrecen de encontrarse en postura de demérito, de insuficiencia, incluso de fraude, y para decirlo de una vez, de excluir el nombre – del – padre de su posición en el significante*” (3) (pág. 560 – 561). En la página siguiente, hablando esta vez del padre de Schreber, dice: “*no nos asombrará que el niño, a la manera del grumete de la pesca célebre de Prévert, mande a paseo (verwerfe) a la ballena de la impostura, después de haber traspasado, según la ocurrencia de este trozo inmortal, su trama de padre a parte*” (3) (pág. 562-563). Este parece haber sido el destino del orden en el mundo de los hombres y las mujeres propuesto por el padre del paciente, un ordenamiento fallido y rechazado, que no dice nada del deseo sexual, que no lo orienta en la significación fálica del deseo.

La deslocalización del insulto, daría cuenta en este caso de la diferencia del superyó en la psicosis y la neurosis: cuando dice Freud en “*Introducción del narcisismo*” (1) (pág. 92) que el paranoico no se equivoca al sentirse observado, juzgado y censurado por sus semejantes, y que este sería el equivalente desamarrado de lo que en el neurótico se encarna en el superyó, como función que controla y compara al yo con su ideal. Podemos suponer entonces que la figura del padre encarnaba y circunscribía en la realidad, para este paciente, esta instancia censora, al señalarlo como “cornudo y cabrón”. Esta localización en el padre perseguidor le permitía maniobrar para desmarcarse de él.

Suponemos entonces que los elementos que han permitido sostenerse en la sociedad a Roberto fueron, primero, y como desarrollamos arriba, la localización de la injuria en la figura del padre. En segundo lugar, el haberse podido sostener junto a su mujer como hombre, aunque en una posición



no dialectizable con respecto al deseo de aquella, por fuera de cualquier metáfora paterna (no existe esta función para el paciente) que lo signifique a él en función de la X del deseo de su mujer. El tercer elemento para sostenerse socialmente es su habilidad para maniobrar frente a las injurias mediante el sarcasmo y la diplomacia.

La maniobra para él consiste en emplear la broma y el sarcasmo como defensa. Este rasgo “diplomático” y “bromista” del paciente han marcado su estilo de relación hasta hace un año, y son los artificios que parecen haber vestido y servido al paciente, la imagen que él ofrece a los otros y sin la cual parece no poder solventar con diplomacia sus agresiones. ¿Cómo alentarlo para

retomarla? Esta impotencia parece ser la clave de su encierro. Este “ser diplomático y bromista” parecen haberle dado cierta consistencia, suficiente para él, en su relación con los otros, a modo de un nombre por medio del cual se sostiene socialmente.

Parece haber recogido mi señalamiento en relación a la importancia de poner en práctica nuevamente esta habilidad social: en sus últimas entrevistas plantea, dentro del recorrido de una posible recuperación y de lo que para él significa “volver a ser como antes”, el iniciar una ronda de charlas, de encuentros amistosos con familiares, primero, y después con antiguos amigos, siempre en pequeños grupos, para practicar y afilar su diplomacia.

Contacto

Nicolás Vucínovich

Psiquiatra de la Unidad de Salud Mental “Oriente”, Sevilla

C/ Ximenez de Enciso 35, Bq. 3, 1º A • 41004 Sevilla

comansemichave@yahoo.com • Tel. 685 895 199

Bibliografía

Freud: “*Obras Completas*”, tomo XIV. Amorrortu Editores. Buenos Aires 2003.

Lacan: “*Seminario 3: Las Psicosis*”. Paidós. Buenos Aires, 2002.

Lacan: “*Escritos 2*”. Siglo XXI Editores Argentina. Buenos Aires, 2002.